

**Herencia Caribe: el legado cultural de Carlos Angulo Valdés.  
Invitación a la biblioteca privada de un arqueólogo atlanticense.**

Gabriel Samacá Alonso  
Julian Andrei Velasco Pedraza

Desde el siglo XIX, en Colombia y el resto del continente, el interés por los primeros pobladores tomó la forma del coleccionismo de antigüedades resultado, en muchas ocasiones, de prácticas como la gaaquería. Tal situación comenzó a cambiar a partir de los años treinta del siglo pasado cuando la pregunta por los orígenes remotos del país derivó en la necesidad de conocer, con cierto utillaje científico, las distintas culturas que ocuparon el territorio nacional. En el Caribe, tal inquietud despertó la curiosidad de algunos letrados e intelectuales quienes comenzaron a preguntarse por aquello que sucedió antes del arribo de los españoles a las costas americanas. Uno de ellos fue Carlos Angulo Valdés (1914-2001), oriundo del municipio de Baranoa (Atlántico), quien tempranamente se formó en campos como la Etnología, la Antropología y la Arqueología. ¿Quién fue este personaje y qué aportes realizó a la construcción de una conciencia histórica profunda en la región? ¿Qué nos dicen sus hallazgos en los albores del siglo XXI? ¿Con base en qué materiales podemos conocer su trayectoria académica e investigativa y cuál puede ser considerado su principal legado a las nuevas generaciones?

Al hacer una incursión en las profundidades de la trayectoria intelectual de Angulo Valdés nos encontramos con un estrato formativo compuesto por tres “cortes” o etapas que permiten ponderar la relevancia cultural de su trabajo. La primera de ellas corresponde al influjo liberal y modernizante que recibió en la Escuela Normal Superior en los años treinta donde se graduó como Licenciado en Educación con énfasis en Ciencias Sociales. La segunda remite a otra importante institución cultural de la República Liberal (1930-1946) que procuró potenciar la inserción del país en las dinámicas propias de la modernidad occidental. Nos referimos a los estudios que adelantó en el Instituto Etnológico Nacional, a donde ingresó en 1947 como parte de las primeras generaciones de antropólogos y etnólogos entre los que resaltan los nombres de Gerardo Reichell Dolmatoff, Alicia Dussán, Luis Duque Gómez, Roberto Pineda y Virginia Gutiérrez. La última etapa instaló a Angulo en el espectro de la antropología estadounidense gracias a los estudios de posgrado y contactos que realizó con el auspicio de una beca de la Fundación Guggenheim en 1958. Esto lo llevó a instituciones de gran reconocimiento en el área como el Smithsonian Institution y las universidades de Yale, Arizona y Florida. En tal recorrido estableció redes académicas que se extendieron durante toda la segunda mitad del siglo XX con profesores como Betty Meggers y Clifford Evans, por mencionar los más destacados.

La formación adquirida en instituciones de reconocido prestigio dentro y fuera del país, aunado a las redes intelectuales y personales, le permitieron al profesor Angulo desarrollar una larga y profusa carrera académica en las principales universidades del Caribe colombiano. Como docente, inicialmente impartió cátedras en la Universidad del Atlántico entre los años cuarenta y la primera mitad de los sesenta gracias a la invitación de su Rector, Rafael Tovar Ariza. Tras

abandonar las aulas de esta casa de estudios ofició como profesor de Geografía de Colombia e Historia Naval al servicio de la Armada Nacional. El periplo lo culminó en 1974 cuando ingresó a la naciente Universidad del Norte donde se hizo cargo de los cursos de Antropología e impartió asignaturas sobre el pasado prehispánico de Colombia y América. Como dos capas del subsuelo, los recorridos formativo y magisterial de Angulo Valdés se superpusieron a lo largo de medio siglo, solapando los logros profesionales al tiempo que fueron la base para desarrollar una prolífica labor investigativa.

Una prospección intensiva de la labor arqueológica y de la producción intelectual de Angulo Valdés, deja ver una preocupación central por revalorar el lugar que ocupó el norte de la actual Colombia en la extensa historia del poblamiento americano. Su origen atlanticense, entre otros factores, le llevaron a dedicar su vida al estudio de esta zona del país. Gracias a la formación recibida tanto en Colombia como en EEUU, incursionó en el estudio de lo que hace varias décadas todavía se denominaba como “prehistoria” a partir de la combinación de herramientas heurísticas, técnicas metodológicas y aparatos conceptuales provenientes de la Geografía, la Historia, la Antropología y la Arqueología.

La actividad científica de Angulo Valdés puede ser comprendida si imaginamos su quehacer a partir de varias capas o etapas de su itinerario intelectual. El detallado conocimiento de la geografía física de la región constituyó uno de los terrenos más firmes de su trabajo de campo. Estos comenzaron una vez regresó de la capital del país, realizando sus primeras exploraciones en Tubará en 1948, cuyos resultados aparecieron a principios de los años cincuenta. Como parte de su labor en la Universidad del Atlántico, Angulo estuvo al frente de varias iniciativas académicas de relevancia como el Instituto Etnológico, el Museo de Antropología y la revista *Divulgaciones del Instituto de Investigación Etnológica* en la que se publicaron los adelantos del momento en materia de Antropología, Folklore y Arqueología de la región. Asimismo, en estos primeros años incursionó en la arqueología de superficie en Barranquilla y Soledad donde llevó a cabo exploraciones en algunos barrios de estos dos municipios.

Precisamente, en los trabajos de Soledad, en cercanías de Malambo, halló un tipo de cerámica que lo interesó por varias décadas y que lo llevaría a plantear la existencia de una tradición cultural con importantes desarrollos en la alfarería y el uso de la yuca brava. Con el tiempo, la cerámica de Malambo le permitió postular relaciones entre la región del Bajo Magdalena y el Bajo Orinoco, en conexión a su vez con otras partes de América. Para llegar a este planteamiento, en 1958 realizó dos cursos en EEUU sobre técnicas y métodos en Arqueología a partir de los cuales se dotó de las herramientas para perfeccionar su trabajo. En ellos conoció el llamado “Método Cuantitativo para Obtener Cronologías Culturales” o método de seriación que consiste en el análisis estadístico pormenorizado de un complejo cerámico para determinar su cronología, cambios y presencia geográfica. La vinculación con el campo académico estadounidense continuó con la organización del Seminario de Arqueología que tuvo lugar en Barranquilla en 1961, patrocinado por la National Science Foundation y la Unión Panamericana. Allí se dio la oportunidad de formar arqueólogos de Latinoamérica en dicha metodología y de clasificar nuevas piezas encontradas por Angulo en Malambo dos años antes como parte de la llamada serie Barrancoide que reiteraba las conexiones entre Malambo y la Orinoquía.

A principios de los años sesenta, con base en la datación por radiocarbono, Angulo Valdés constató que las evidencias halladas en Malambo permitían afirmar la existencia de un pueblo sedentario que desarrolló el cultivo de la yuca, por lo menos 3000 años antes del presente. El autor afirmaba que Malambo “abre así un nuevo punto de vista para el Norte de Colombia” pues sugería vínculos con el norte de Venezuela y territorios centroamericanos que no habían sido señalados. La dedicación y constancia en el estudio de esta zona del Atlántico desembocó en la publicación en 1981 de su trabajo más importante titulado *La Tradición Malambo: un complejo temprano en el noreste de Suramérica*. En palabras del arqueólogo Juan Guillermo Martín, dicha denominación refiere “un estilo cerámico de vasijas muy bien elaboradas, con diseños zoomorfos y decoración incisa, [que] marca un hito importante en la arqueología del Caribe colombiano”.

Los años setenta y ochenta representan una etapa de madurez en la vida intelectual de Angulo Valdés. Tras su ingreso a la Universidad de Norte en 1974, en sólo tres años estableció el Laboratorio de Arqueología, el cual fue nutrido con las piezas recolectadas a través de los años por su principal promotor y en las excavaciones realizadas a partir de entonces. En la actualidad el Laboratorio es un referente del Caribe y plataforma de una de las especializaciones en Arqueología más reputadas del país. El trabajo de campo que desarrolló en aquellos años fue intenso gracias, entre otras razones, al apoyo financiero de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República y entidades internacionales. Producto de esta alianza fueron las excavaciones en varios puntos de la región que culminaron en publicaciones sobre la Ciénaga Grande de Santa Marta (1978), Malambo (1981), el Valle de Santiago (1983) y Guájaro (1986). La última década de su vida la dedicó a elaborar la síntesis de su larga trayectoria investigativa cuyos resultados quedaron en forma de apuntes y manuscritos.

Como vestigio de este ingente quehacer, la colección “Carlos Angulo Valdés” que resguarda la Biblioteca es una consistente muestra de su trayectoria e intereses intelectuales. Representada por casi 1700 volúmenes, su otrora biblioteca refleja una amplitud de miras para relacionar arqueológicamente la zona norte de Colombia con otras latitudes, destacándose la existencia de numerosos estudios sobre Venezuela, las Antillas y Centroamérica. No faltan trabajos de otros contextos, especialmente el norteamericano, donde sabemos que adquirió valiosos conocimientos. Las series de revistas de 13 países diferentes, las revistas de corte interamericano y aquellas correspondientes al Gran Caribe permiten concluir que Angulo estaba al tanto de aquello que se publicaba en diferentes contextos académicos sobre sus temas de interés. Temáticamente, la colección resguarda estudios sobre problemas que interesaron a Angulo a lo largo de su vida: Ecología, patrones de asentamiento y alfarería, mientras que la bibliografía relacionada con saberes técnicos comprende la Cartografía, la fotografía aérea, la Geología y la Etnobotánica. Un pequeño pero importante lugar en esta colección lo ocupan fuentes históricas como crónicas, documentos editados del siglo XVIII y diarios de viajes del siglo XIX.

El legado cultural de Carlos Angulo Valdés se mantiene vigente de diversas maneras en la región Caribe. Por ejemplo, recientemente, gracias a los más modernos métodos de rastreo genético se lograron comprobar relaciones entre grupos humanos del norte suramericano a partir de la presencia de vestigios

materiales en diferentes áreas de esta extensa zona, a lo que había contribuido Angulo con sus trabajos. Igualmente, la existencia de instituciones culturales y programas de formación de alto nivel en materia arqueológica como el Museo Arqueológico de los Pueblos Karib (MAPUKA), el Laboratorio de Arqueología y la Especialización en Arqueología de la Universidad del Norte, evidencian una tradición regional que valora el estudio de un pasado de larga duración. Finalmente, el resguardo de buena parte de su biblioteca personal nos permite contar con una pieza de gran valor en el marco de una colección amplia de objetos que representan la herencia material de uno de los pioneros en el estudio de los primeros pobladores de esta parte del continente. Así, el nombre de Carlos Angulo Valdés se suma, con todas las credenciales, al de importantes estudiosos costeños de la sociedad colombiana como José Agustín Blanco Barros y Luis Eduardo Nieto Arteta.